

— 1 —  
**LA LLAVE**

**L**a resplandeciente luna iluminaba el rostro de Jánuja. A pesar del sudor de las manos y del incómodo viento en la cara, disfrutó durante un par de segundos del impresionante panorama. Pocos ratones podrían asegurar haber visto uno igual. Tras el breve instante volvió a centrarse en su tarea, y es que trepar el mástil colocado en la azotea de uno de los rascacielos de la Castellana merecía de toda su concentración. Mientras ascendía, Cáchuca le observaba con gran expectación.

—¡No veo ningún agujero! —le gritó Jánuja mientras el viento le agitaba todos los pelos del cuerpo.

—¡Tiene que haberlo! ¡Nos dijo que la llave estaba aquí! —le respondió Cáchuca desde la base del mástil.

Jánuja resopló, agarrado con fuerza a la cuerda de izado de la bandera que ondeaba con violencia. De nuevo se puso manos a la obra. Siguió trepando por la cuerda, atento a cualquier hueco en el que pudiera haberse escondido la llave. Cuando le quedaban dos metros para llegar al final, detectó una fisura en el metal de un centímetro de largo y medio de ancho.

—¡Aquí hay algo!

Metió su pata y rápidamente palpó algo metálico y frío. Al sacarlo vio que se trataba de una pequeña llave dorada, de un brillo intenso. La luz de la luna provocó un destello al chocar con ella. Jánuja quedó hipnotizado mirándola. Su brillo, sus formas perfectamente definidas, la gran cantidad de dientes y minúsculas muescas la convertían en algo espectacular. Tenía que ser la llave maestra, ¡im-posible de copiar!, tal y como les habían dicho.

—¡La tenemos!

Pero, ¿por qué estaban allí Jánuja y Cáchuca?, ¿quién les había hablado de esa llave?, ¿qué utilidad tenía? Para responder a todas estas preguntas será mejor empezar la historia desde el principio.

— 2 —  
**JÁNUJA Y CÁCHUCA**

**●** Eh, tú! ¡Gafotas! —dijo Pinry con voz chillona—. ¡Vaya mochila que traes! ¿Qué pasa, que tus padres no encontraron una más fea? ¡Ja, ja, ja!

Este fue el recibimiento que Pinry, un ratón de segundo curso, le había dado a Cáchuca en su primer día de colegio. Lo que más le dolió fue que aquel payaso había nombrado a sus padres. Y es que no había otra cosa en el mundo que le produjese más tristeza. Le habían contado que desaparecieron en un ataque nocturno de ratas de alcantarilla, las malditas sarnosas. Desde entonces, sus abuelos se habían ocupado de él y de su hermana pequeña.

Después de unos segundos, obnubilado en sus pensamientos, volvió de nuevo a escuchar la aguda risa de Pinry. Cáchuca no pudo contenerse y arremetió con todas sus fuerzas contra él. Pinry sorprendido cayó hacia atrás con la mala suerte de ir a parar sobre un charco. En seguida varios

amigos de Pinry fueron hacia Cáchuca con no buenas intenciones. Pero Cáchuca no se acobardó y se quedó quieto mirándoles con cara desafiante.

–¡Te vas a enterar, enano! –gritó Pinry mientras se incorporaba. Pero no pudo terminar de hacerlo, porque en ese momento una fuerte mano le obligó a sentarse de nuevo en el charco.

–No te muevas de ahí –ordenó Jánuja con voz tranquila pero contundente.

Pinry y sus secuaces dejaron de mirar a Cáchuca para fijarse en el ratón que aparecía en escena. También era nuevo en el cole, pero muy diferente al pequeño ratón marrón que amenazaban. Este era un corpulento ratón gris, tan alto como ellos, con unos ojos azules que brillaban con fuerza propia, y con un peculiar sombrero de cuadros.

–A ver si os atrevéis con uno de vuestro tamaño –dijo Jánuja.

Pinry se levantó humillado y le miró con cara de odio. Decidió zanjar ahí la discusión frente al riesgo de un ridículo espantoso. Se alejó con sus amigos mirando de vez en cuando hacia atrás y cuchicheando. Jánuja se volvió entonces hacia el pequeño ratón.

–Gracias, pero no necesitaba tu ayuda –le dijo Cáchuca.

–¡¿Qué?! Te hubieran machacado... –respondió Jánuja sorprendido.

–¡Me hubiera defendido!

–Vale, vale –Jánuja se dio cuenta que aquel pobre ratón estaba a punto de empezar a llorar. Decidió cambiar de tema–. ¿En qué clase te ha tocado?

–Me ha dicho mi abuelo que con el profesor Clod.

–¡A mi también!

Desde aquel día, Jánuja y Cáchuca se habían convertido en compañeros inseparables.

– 3 –

## EL PROFESOR CLOD

*Tres cursos después*

**E**l profesor Clod era un ratón mayor. Andaba un poco encorvado y usaba unas pequeñas lentes para leer. Nunca se sentaba en su silla. Siempre daba sus clases andando de un lado a otro y tenía la virtud de conseguir captar la atención de todos sus alumnos cuando hablaba.

Aquella tarde tocaba clase de historia. El profesor estaba comparando la vida de los ratones de ciudad del pasado y del presente. Aunque las cosas habían cambiado mucho, los ratones de todas las épocas siempre habían tenido en común la necesidad de esconderse, viviesen en el campo, en una aldea medieval o en una gran ciudad.

–¿Pero por qué siempre hemos tenido que vivir ocultos de los gigantes? –le interrumpió Jámichi, una ratona de ojos rasgados siempre con algún pañuelo floreado al cuello–. Ellos no comen ratones.

–Buena pregunta –el profesor hizo una pequeña pausa y arrancó de nuevo a caminar con las manos en la espalda–. Nunca les hemos gustado, al menos a la gran mayoría. No hay una razón clara, pero la cuestión es que por nuestra seguridad, es conveniente que no nos dejemos ver. Por eso hemos tenido que ir adaptándonos a los cambios de los pueblos y de las ciudades de los gigantes, para poder sobrevivir.

Volvió a hacer una pausa, para meditar lo que estaba diciendo.

–Aunque la verdad es que precisamente aquí no nos lo han puesto difícil. Bajo Madrid existen gran cantidad de galerías y túneles que los gigantes han creado para llevar sus tuberías de agua, cables eléctricos, el metro... Esto nos ha ayudado a crear nuestros pasadizos paralelos de comunicación, algunos con iluminación, para llegar de unas casas a otras o para venir al colegio. Y todo ello sin correr peligro de que ninguna sarnosa o algún gato callejero nos ataque.

De curso en curso había ido corriendo el rumor de que el señor Clod, en su tiempo, había sido un famoso Conseguidor, es decir, un ratón perteneciente al grupo oficial dedicado a bajar del mundo de los gigantes aquellos productos necesarios para la vida de los ratones, desde alimentos a piezas para construir herramientas, muebles o cualquier tipo de artilugio que hiciese falta. Se trataba de un trabajo de alto riesgo. Lo debían hacer siempre de forma con-trolada para evitar que los gigantes echasen algo en falta.

Otros decían que había sido jefe de los Vigilantes, el grupo encargado de garantizar la seguridad. Entre otras cosas controlar las entradas a los pasadizos propios de ratones, para así evitar in-cursiones de sarnosas o la salida de algún ratón despistado a zonas inseguras.

En cualquier caso, fuese cual fuese la versión real del pasado del señor Clod, todo lo que decía respecto a la vida en la ciudad era tenido muy en cuenta por sus alumnos, ya que tanto los Conseguidores como los Vigilantes tenían fama de conocer muy bien la enmarañada red de comunicaciones que los ratones habían ido construyendo a lo largo del tiempo.

–Pero debéis ser conscientes de la gran dificultad que conlleva a los Cavadores crear nuevos pasadizos y del peligro de realizar la abertura final a alguna zona insegura. Por ello, antes de iniciar el trabajo de excavación es necesario estudiar el terreno, preparar los planos, analizar los riesgos...

En ese momento el director Frinsi apareció en la entrada de la clase y le hizo una señal al profesor Clod para que saliese. El director dedicó a los alumnos una sonrisa que dejó ver sus blancos y brillantes dientes, quizás excesivamente brillantes.

– 4 –

## FRINSI

**E**l director Frinsi había llegado aquel año al colegio sustituyendo a la directora Sellin, una ratona de la misma edad que el profesor Clod, que según decían, había decidido jubilarse. El nuevo director era un ratón muy elegante, de pelo negro, siempre muy bien peinado.

–A mi este tío no me gusta nada –susurró Cáchuca después de que el profesor Clod se alejara con el director por el pasillo.

–No sé, siempre sonrío –contestó Jánuja.

–Ya, pero de una manera extraña. Además, ¿qué pinta un tipo así en un colegio? Debería estar en una oficina o en un banco.

Al cabo de unos minutos el director regresó a la clase solo. Se subió la tarima y se dirigió a los alumnos.

–Chicos, el profesor Clod ha tenido que irse. Hasta que termine la hora estaré con vosotros. Abrid los libros por la página veintiocho y copiadla completa en vuestros cuadernos. Por favor, en absoluto silencio –tras decirlo, volvió a sonreír y sus dientes volvieron a brillar.

De vuelta a casa, por el pasadizo principal bajo Bravo Murillo, Jánuja y Cáchuca iban charlando mientras se acercaban a la estación de metro Canal.

Los dos vivían en la Glorieta de Quevedo. Cáchuca con sus abuelos y su hermana en un edificio a medio derruir, y Jánuja con su hermano pequeño y sus padres en la estatua de Quevedo, ubicada en la fuente que ocupa el centro de la glorieta.

–Esto de que el profesor se haya ido así es muy raro. Nunca lo había hecho. Espero que no haya tenido algún problema grave –dijo Jánuja.

–Espero que no. Encima, el Frinsi este nos pone a copiar un texto para nada. Estoy seguro de que tiene alguna historia rara detrás –contestó Cáchuca mientras se rascaba la nariz, gesto que siempre hacía cuando algo le mosqueaba.

–¡Tío!, no empieces con tus teorías de conspiraciones. Eso de que leas tantos libros de intriga te hace cavilar demasiado.

–Te digo que este tío no es trigo limpio.

–No sé... ¡Bueno, qué!, ¿vamos andando hasta casa o subimos al metro? –dijo Jánuja cuando se acercaban a un ramal del pasadizo principal que bajaba hasta el andén del tren.

–Mejor en metro, ¿no?

Jánuja y Cáchuca ya tenían edad suficiente para usar el metro sin estar acompañados de un adulto. Los ratones habían conseguido llegar con un pasadizo a casi todos los andenes. El final de cada pasadizo tenía su salida justo en el punto donde se detiene la máquina del tren y contaba en su extremo con una puerta corrediza bien disimulada para que ningún gigante se fijase demasiado en ella, justo a la altura de la base de la máquina.

Cuando el tren se detenía, un ratón se encargaba de abrir la puerta corrediza y empujar un puente portátil que dejaba unido el pasadizo con la entrada al tren. En la base de la máquina existía a su vez una portezuela que otro ratón se encargaba de abrir para posteriormente ajustar el puente provisional. Este proceso era muy rápido para que los ratones tuvieran tiempo, primero de bajar y luego de subir.

Ese día Jánuja y Cáchuca tuvieron suerte porque solo estaban tres ratones esperando y del tren bajaron cuatro. Siempre que subían se colocaban en la parte delantera del hueco que los ratones habían creado, justo debajo del puesto del conductor del tren. Allí existían dos diminutos ventanucos, a través de los que se disfrutaba de una vista espectacular cuando el tren cogía velocidad.

Estaban a punto de retirar el puente portátil, cuando Jámichi entró corriendo en el vagón. Parecía muy alterada. Miró hacia todos los lados mientras el ratón encargado de cerrar la puerta le echaba la bronca, pero a Jámichi parecía no importarle. Cuando vio a Jánuja y a Cáchuca pareció respirar más tranquila y se dirigió hacia ellos.

– 5 –

## JÁMICHÍ



¿Qué te pasa Jámichi!? –dijo Jánuja riéndose–. No puedes vivir sin nosotros, ¿eh?

–¡Cállate Jánuja! Esto es importante –respondió Jámichi con voz nerviosa–. Me he pasado la última hora de clase escondida en el baño de chicas.

–¡Pues sí que debes tener una buena diarrea, ja, ja, ja! –rió Jánuja.

–Como vuelvas a decir una chorrada más te arranco los bigotes de un tirón.

La mirada que Jámichi le dirigió a Jánuja hizo que a este se le quitaran las ganas de seguir bromeando. Tras tomar aire, comenzó a explicar el motivo de su estado.

–Pues bien, había ido al baño justo después de que el profesor Clod se fuese con el director. Cuando volvía a clase, al pasar por delante del despacho de Frinsi, oí una discusión y me asomé con cuidado a la puerta. Allí estaba Frinsi amenazando al profesor Clod. Su sonrisa permanente había desaparecido, convir-tiéndose en un gesto de rabia. ¡Daba miedo! En el despacho había otros dos ratones de pelo negro. ¡Eran enormes! El señor Clod miró hacia la puerta y al verme hizo un gesto disimulado con su pata derecha. No quería que me fuese.

Jámichi hizo una parada en su historia. Parecía exhausta. El metro estaba a punto de llegar a la estación de Quevedo.

–Como os podéis imaginar no sabía qué hacer, pero viendo la cara de desesperación del profesor Clod decidí quedarme escondida detrás del mueble que está justo en la salida del despacho del director. Al cabo de uno o dos minutos escuché gritar a Frinsi: «Lleváoslo» y vi cómo los ratones enormes salían del despacho seguidos del profesor. Yo me acurruqué todo lo que pude detrás del mueble pero el profesor Clod, mirando de reojo, consiguió verme. Entonces empezó a toser con mucha fuerza, yo creo que a propósito, y disimuladamente dejó caer este bolígrafo. Con el ruido de los tosidos, ni los dos matones ni Frinsi se dieron cuenta del leve sonido que el bolígrafo produjo al caer al suelo. Esperé a que se alejaran y a que Frinsi saliera de su despacho. Entonces recogí el bolígrafo. Es este.

Cáchuca lo cogió justo cuando el tren paraba. El ratón en-cargado de abrir la pequeña puerta para ratones dio aviso para que todo el mundo estuviera listo. Cuando la puerta se abrió, la pasarela ya estaba colocada y los ratones salieron rápidamente. Los tres amigos entraron en el pasadizo mientras Cáchuca no dejaba de dar vueltas al bolígrafo que tenía entre las manos.

–Aquí tiene que haber algo –dijo.

–Yo no he encontrado nada –contestó rápidamente Jámichi–. Después de coger el bolígrafo volví al baño y lo estuve revisando hasta el último milímetro. Incluso lo desmonté, por si hubiera algún mensaje dentro, pero no había nada. Solo he encontrado una ins-cripción que parece ser el modelo del bolígrafo o algo así.

Cáchuca miró a Jámichi sin decir nada, y como si no la hubiera escuchado, lo desmontó para buscar alguna pista que se le pudiera haberse pasado por alto a su amiga. Pero efectivamente no había nada. Jámichi enarcó una ceja como diciendo «ya te lo dije», pero Cáchuca no se percató del gesto. Estaba demasiado concentrado en el bolígrafo.

–Si queréis podemos ir a mi casa para seguir con la revisión –dijo Jánuja con ironía.

–Vale –respondió secamente Cáchuca mientras se rascaba la nariz.

–Jámichi, ¿te vienes? –preguntó Jánuja sin muchas esperanzas de que a la ratona le apeteciese.

–¡Pues claro! –le espetó Jámichi ofendida por lo obvio de su respuesta.

Los tres ratones tomaron el corredor que desembocaba en la fuente de la Glorieta de Quevedo. Su final daba salida al exterior, cerca de la base del pedestal de la estatua. A treinta centímetros de esta salida, se encontraba el agujero que daba paso al interior del pedestal. Aunque debían recorrer esa distancia por el exterior, a la vista de cualquiera, no había demasiado peligro gracias al agua de la fuente y a la distancia a las aceras, lo cual hacía complicado que fuesen vistos por gigantes.

## LA INSCRIPCIÓN

La casa de Jánuja estaba en un hueco en la parte superior del pedestal, al que se accedía a través de una grieta interior que lo cruzaba desde la base. Llamaron a la puerta y al cabo de unos segundos su madre la abrió sonriendo al ver la compañía que Jánuja traía.

–¡Qué bien acompañado vienes!

–Sí..., es que..., vamos a hacer los deberes juntos –le dijo Jánuja a su madre con un tono poco creíble.

–¡Ah! ¡Muy bien!, pues nada, pasad a tu habitación, que ahora os llevo la merienda.

Los tres ratones se dirigieron a la habitación que Jánuja compartía con su hermano, que por suerte en ese momento no estaba. La habitación tenía una pequeña ventana con unas vistas espectaculares. Cáchuca siempre que entraba allí se dirigía a ella para ver el tráfico de coches de los gigantes. Pero ese día ni siquiera se fijó en la ventana. Se sentó en la cama de Jánuja mientras miraba el bolígrafo del profesor Clod.

–Está claro –soltó de repente con la mirada perdida, como hablando para sí mismo.

–¿Ah sí? –dudó Jámichi.

–Mirad la pequeña inscripción –dijo Cáchuca señalando el bolígrafo–, dice: «*Ra Tr., ElGrSe, p145, l15*», parece haber sido grabada con una aguja.

–Ah, pues sí, yo ya no tengo ninguna duda –rio Jánuja.

–¿De qué estás hablando? Eso no tiene ningún significado –preguntó Jámichi sin entender a Cáchuca.

–¡Ransín Tranchón! El mejor escritor ratón de historias de misterio que ha existido nunca.

–¡Pero qué dices! ¡Este se ha vuelto loco! –dijo Jánuja abriendo su brazos.

–¿De dónde sacas lo de Ransín Tranchón? –preguntó Jámichi, intentando entender a Cáchuca.

Este se levantó de la cama, se ajustó las gafas sobre la nariz y mientras andaba por la habitación comenzó a soltar su razonamiento.

–Si el profesor Clod te tiró este bolígrafo, es porque tiene algún significado y teniendo en cuenta la discusión con el director Frinsi está claro que con este bolígrafo quería enviarte un mensaje –dijo mirando a Jámichi.

–¡Elemental querido Watson! –exclamó Jánuja sonriendo, pero Cáchuca pareció no escucharle y siguió con su razonamiento.

–El bolígrafo es completamente liso. Se puede desmontar en dos partes y ya hemos visto que dentro no tiene nada salvo el tubo de tinta. Por la parte exterior la única inscripción es la que ya hemos visto «*Ra Tr., ElGrSe, p145, l15*». Desde que la vi en el metro he estado pensando qué podría significar. He dado con algo que me convence.

Cáchuca se detuvo como para asegurarse de que lo que iba a decir tenía sentido. Jánuja y Jámichi le miraban expectantes.

–Sabéis que me encantan las novelas de intriga y de misterio, ¿no? Ransín Tranchón es seguramente el autor que más novelas de este tipo ha escrito. Una de ellas se titula «El Gran Secreto». En la inscripción aparece ElGrSe y delante Ra Tr. Cuadra que la esta se esté refiriendo al libro de Ransín Tranchón, El Gran Secreto, ¿no? –Cáchuca miró a sus compañeros pidiendo aprobación.

Jánuja se encogió de hombros y Jámichi asintió ligeramente como dando a entender que era posible. Cáchuca volvió a caminar.

–Bueno, pues si estoy en lo cierto, el resto de la inscripción tiene que referirse a una página y a una línea del libro. ¡Página 145, línea 15 de El Gran Secreto de Ransin Tranchón! ¡Está claro!

Hubo un momento de silencio, interrumpido por el hermano pequeño de Jánuja que entró en la habitación como un terremoto.

–¡Hola! ¡Qué bien, cuánta gente! ¿Os apetece echar una partida al parchís? –dijo el pequeño ratón con los pelos de punta en su cabeza.

Nadie le hizo caso, pero no pareció importarle.

–¡Anda! Y este boli tan chulo, ¿de quién es? –exclamó cogiendo el bolígrafo del profesor Clod, que Cáchuca había dejado sobre la cama.

–¡Trae aquí! –le gritó Jánuja quitándoselo de las manos.

–¡No es para ponerse así!, ¡ni que fuera un bolígrafo mágico!

–¡No ves que estamos haciendo los deberes! –volvió a gritarle Jánuja– ¡Vete a jugar al salón!

–¡Mentira! Estabais hablando de alguna cosa que no queréis que sepa, se lo voy a decir a Mamá.

El pequeño ratón salió de la habitación.

–Chicos, lo siento, creo que la reunión se ha terminado –dijo Jánuja con resignación.

–De todas formas ya es tarde, yo tengo que irme a casa ya –comentó Jámichi.

–Yo también –siguió Cáchuca–. Si os parece me llevo el bolígrafo, aquí con tu hermano puede correr peligro –Jánuja asintió–. Mañana veremos si el profesor Clod vuelve al cole o no. Si lo hace le preguntaremos qué ha ocurrido. Si no vuelve..., tendremos un caso que resolver.